Cruzando las fronteras con *Freud*

(en: E.PSI.B.A. 8, págs.40-48, 1999)

Últimamente di con un ejemplo de alguna manera paradigmático de lo que a mi entender engloba el tema planteado en mi nuevo libro, el de "cruzar las fronteras". Para un alemán este tema tiene unas connotaciones históricas sombrías: cruzar fronteras para conquistar, para allanar, para sembrar el terror. Tanto más me importa recuperar y descubrir algunos significados positivos o aun creativos de este motivo, el de cruzar las fronteras. Lo que voy a exponerles ahora tiene como punto de partida una relectura de un texto clásico de *Freud*, el "Totem y Tabú".

Voy a hablar de un aspecto muy personal de este reencuentro y empezar con mi reacción inicial: Me sobrevino una gran perplejidad al ver a *Freud* enfocar cuestiones que conforme a mi mapa mental de los últimos años forma el dominio de *Lévi-Strauss* o de *Malinowski* y hacerlo de una manera que no deja ningún elemento en su lugar habitual. Más adelante superé la perplejidad y poco a poco se me apoderó la gran fascinación de ver como entre todo este material sobre el totemismo y el tabú del incesto bien familiar encontré un ángulo *diferente*. Pues a *Freud* se le ocurre concentrarse en un detalle, y este detalle es la *ambigüedad*, a saber la ambigüedad que rodea las prácticas respectivas, y por fin recurre a otro detalle prehistórico aun más encubierto, la así llamada *comida de sacrificio* reconstruido por un autor de poca importancia en el discurso de entonces, *Robertson Smith*,. Al hacer todo esto introduce de paso a una serie de hallazgos clínicos sobre la neurosis obsesiva, derribando así una frontera santificada, la entre lo cultural y lo psicológico.

Yo, pasmado por la fascinación y ya entre la espada y la pared, por fin conseguí recurrir a mi caja de denuncias de siempre:

Eso del caballo de Juanito y su analogía con los animales del totemismo, ¿no es una psicologización ilícita?

Transformar el coro de la tragedia griega en una banda de asesinos ¿no es una interpretación violenta y una reducción inaudita de la mitología griega?

Y ese Arpád, paciente de Ferenczi, ¿qué pasa con la función simbólica del gallo que *Lévi-Strauss* recalca como aspecto clave del animal totemista?

Y el tema de las suegras, ¿no es que *Lévi-Strauss* ya ha dicho todo lo necesario en su polémica contra *Elkin*?

Y *Lacan*, ¿qué diría ante tantas simplificaciones? Y por lo demás, ¿para qué debe servir hoy en día un análisis que lógicamente no conoce siquiera la visión estructuralista de las cosas? En otras palabras, ¿para qué sirve que leo todo esto otra vez?

En otras palabras, desvirtuándose mis argumentos para defender las fronteras, me pillo a mi mismo *en flagranti* cuando recurro a los significantes superyóicos de mi socializacion científica: entra en escena el *Círculo de Viena* y sus batallas contra el psicologismo, *Lévi-Strauss* y su polémica contra las interpretaciones banalizadoras de los etnólogos occidentales y también *Lacan*, este eterno guardián contra la visión simplista de las cosas y garante de su cifración en un código tan complejo que ya no puede profanarlas cualquiera.

Sin embargo, *Freud* no lo hace nada fácil a sus críticos a lo hora de colocar sus cañones denunciadores y menos en este texto. Pues opera como una especie de guerrillero que conoce perfectamente el terreno y todos sus rincones y que sabe moverse entre los hechos como el famoso pez de *Ho-Chi-Minh*.

Puede ser interesante y a veces quizá aun divertido retomar ahora mi recorrido por el texto y seguir más de cerca las peripecias que me afligieron al atravesarlo.

Para empezar con el *primer capítulo* sobre el *incesto*, me llama la atención que, muy en contra de mis hábitos, lo leí sin hacer ni una nota. Me parece que todavía conseguí guardar la distancia suficiente como para mantener mi equilibrio mental: puse el texto en el lugar de una aproximación lógicamente anacrónica que ya en lo conceptual no puede estar a la altura del tema tratado tan exhaustivamente y con todo su rigor estructuralista por *Lévi-Strauss* bajo el concepto de las *reglas matrimoniales*.

Al entrar en el *segundo capítulo*, sobre "El tabú y la ambivalencia de los sentimientos" las cosas se complican y poco a poco se produce un cambio en mi modo de leer. Entre todos los hallazgos etnológicos y su debida síntesis teórica y terminológica *Freud* coloca una pregunta y eso insistentemente: ¿Qué significa esta palabra "tabú" que, de origen polinesia, no tiene traducción adecuada a otros lenguajes, dado que todo intento termina en una descomposición, en partículas contradictorias que se sustraen a su integración en un significado coherente? ¿Cómo manejar un concepto que remite a lo "sagrado" y al mismo tiempo a lo "lúgubre" y "peligroso"? En pocas palabras, en medio de este orden del discurso *Freud* localiza una anomalía que encubre algo: en el centro de la certeza empírica se encuentra un agujero, un punto ciego y cuanto más se acerca a este punto, tanto más hace vislumbrarse un enigma originario.

Este fenómeno me suena ya, porque remite a mis experiencias ya lejanas en el campo de la autollamada "psicología exacta" y su instrumentario matemático. Allí también entre toda la certeza circulan palabras enigmaticas como, digamos, la *medición* de una *variable psicológica*, o la *seguridad* de un test estadístico o la *inteligencia X* de Pedro que supera con 20 puntos la *inteligencia Y* de Alfonso. Y cuando uno insista preguntando "¿Qué diablo significa esto?" se abre un agujero negro, a no ser que el mero acercamiento a estos secretos ya esté bajo un tabú.

Lo que pasa es que *Freud* sí se acerca y al mismo tiempo sabe volver del enigma al mundo empírico de los hechos. Resiste el reflejo de mis colegas de negar el agujero negro pero también la tentación de los "esotéricos" de hoy que apenas encontrado un enigma suelen despegar hacia un "más allá". Entonces *Freud* entra en esta contradictoriedad lingüística del tabú y la despliega paradigmáticamente para la figura del soberano. Según su análisis, lejos de lo que solemos pensar a partir de este *significante supremo* de *Lacan*, significante todavía alimentado con mucho empenõ en España (donde soy residente) respecto a "su majestad el rey", el soberano en sus orígenes históricos se parece a un cautivo, encerrado en el mismo tabú que sirvió para exaltar su figura. Tomemos, valga el caso, el antiguo Japón y su *mikado*. Cita: "El mikado considera incompatible con su dignidad y su carácter sagrado el tocar el suelo con sus pies. De este modo, cuando tiene que ir a alguna parte se hace llevar a hombros de sus servidores. Pero aún conviene menos que su persona sea expuesta al aire libre, y es rehusado al sol el honor de iluminar su cabeza. Se atribuye a todas las partes de su cuerpo un carácter tan sagrado, que no deben ser nunca cortados sus cabellos ni su barba, ni tampoco sus uñas. Mas para que no padezca en absoluto de cuidados se le lava por la noche mientras duerme, y aquello que se quita a su cuerpo en este estado es considerado como un robo, que no puede ser atentatorio a su dignidad ni a su santidad. En épocas pasadas debía permanecer todas las mañanas, durante algunas horas, sentado en su trono, con la corona imperial sobre su cabeza y sin mover los brazos, las piernas, la cabeza o los ojos, pues solamente así se pensaba que podía mantener la paz y la tranquilidad del imperio. Si por desgracia se volvía de un lado o del otro, o si su mirada no se dirigía durante un cierto tiempo sino sobre una única parte de su imperio, podía resultar para el país una guerra, un hambre, una peste, un incendio u otra calamidad que habría de devastarlo." Pero es más, en contraposición manifiesta a lo que sugiere su estatus de un símbolo intocable, en algunos casos incluso se lo entronizó a la fuerza como objeto predilecto de

hostilidades y agresiones, hasta el extremo de que entre algunas tribus de Africa había que encontrar a un extranjero porque los hombres de la tribu hacían todo lo posible para esquivar semejante destino. Relata *Frazer*, según *Freud*, que "los salvajes *timmes* de Sierra Leone se han reservado el derecho de moler a golpes al rey electo la víspera de su coronación, y tan concienzudamente ejercen este derecho constitucional, que el desdichado soberano suele a veces no sobrevivir mucho tiempo a su advenimiento al trono. De este modo los personajes importantes de la tribu tienen la costumbre de elevar a la dignidad real al hombre contra el que experimentan alguna enemistad." No estoy en plan de contar anécdotas sino de indicar como la travesía de *Freud* por algunos campos bien ordenados de nuestro saber occidental me hizo tambalear, incluso respecto a las premisas de mi cuadro del mundo establecidas por *Lacan* que tantas veces invoca a *Freud*. Y eso pasa antes de que *Freud* introduzca sus propios argumentos psicoanalíticos: basta que recoloca algunos elementos bien conocidos y cambia un poco la perspectiva.

Ahora el colmo, un viraje de los hallazgos etnológicos a los de la clínica psicoanalítica y más en concreto a la neurosis obsesiva. A primera vista parece un cruce de fronteras bastante brusco y bruto. ¿Qué diablo se le ocurre a *Freud* mezclar y confundir estos dos registros bien delimitados, el de lo histórico-cultural y el de lo subjetivo e individual? Y es más, ¿Cómo hacer caso omiso, como si de dos mundos *paralelos* se tratara, de la relatividad histórica en la que por su parte siempre está encuadrado el acontecimiento individual? Sin embargo, esta vez la denuncia de la psicologización ya no da en su blanco, porque de verdad en esta trampa *Freud* no cae. De momento se limita a hacer alusiones, alegar analogías y urdir asociaciones: Tanto el tabú de las culturas primitivas como la prohibición que opera en la neurosis obsesiva están estrechamente vinculados con la muerte. Y lo es en tres sentidos: la muerte asociada con una sanción, con un delito cometido y con un impulso latente que está al acecho desde algún escondite. O sea, a fin de cuentas la analogía sólo toma cuerpo en un espacio poco concreto pero no obstante muy primordial. Así y todo, el efecto principal de este cruce de fronteras entre lo etnológico y la clínica psicoanalítica, a fin de establecer un contacto, está en otra parte. Pues la referencia a los mecanismos deformadores del inconsciente neurótico, como son el *desplazamiento*, la *formación reactiva*, la *defensa* o la *sobredeterminación* ponen en la agenda un planteo más que nada epistemológico, a saber la diferencia entre la representación consciente de un acontecimiento y sus determinantes subyacentes. Más en concreto, respecto a lo que dicen los "interlocutures" de las tribus totemistas parece haber una *tercera* opción fuera de la disyuntiva "verdad" vs. "mentira", a saber las necesidades "económicas" de una autorepresentación que intervienen a la hora de darse cuenta de la práctica en cuestión. Y si en el fondo de su relación con el tabú está una ambivalencia ineludible, que a nivel de los sentimientos se manifiesta como amalgama irresoluble de arrepentimiento y triunfo, de cariño e instintos hostiles, ¿cómo representar tal situación, una especie de antinomia, de manera coherente sin rectificaciones secundarias?

En resumen, cuando *Freud* cruza la frontera entre "lo psicológico" por un lado y "lo etnológico" por otro, no lo hace para allanar las diferencias e implantar a la fuerza los criterios de un campo a otro campo ajeno, sino a la inversa, para establecer un nuevo cuestionamiento que afecta a ambos campos, tanto a la psicología como a la etnología. Estamos afrontados con el problema de la contradictoriedad de la condición humana.y la desconfianza aconsejable de todo ser humano ante sí mismo a la hora de acometer la representación cognoscitiva de su mundo interno y externo, porque siempre están en juego cosas más cruciales que la veracidad.

Del análisis de *Freud* se desprende que en el *campo del saber*, al igual que en la neurosis, hay una especie de síntoma en el cual se manifiesta aquella labor desfiguradora: Es la *sistematización*

que en algún momento empieza a cubrir un "cuerpo de saber", inducida por el afán de tapar las grietas y agujeros y encubrir los puntos ciegos, las contradicciones y desperfectos, en busca de un sistema totalizador, de carácter liso y hermético que hace desaparecer la precariedad de nuestra relación con el mundo y sus amenazas.

Otra vez esta advertencia me hizo recordar una experiencia muy personal, en relación con nuestro proyecto de Berlin que llevó el nombre "psicología crítica". Su inauguración coincidió con un libro muy heteróclito, pero con muchas propuestas sugestivas a las que de vez en cuando todavía recurro. Si a uno le gusta este término podría hablarse de una índole anárquica de este primer texto. A continuación entramos en una fase de consolidación, con una gran diversidad temática de investigaciones, interrelacionadas, eso sí, pero de manera orgánica, todo esto todavía basado en un lenguaje polifacético, que se resistió a una asimilación fácil y que carecía de una terminología "oficial". Terminamos con una gran obra titulada: "La fundación de la psicología", una sistematización gigante de 700 páginas basada en una terminología canonizada que iba unida con una terrible desecación de este "pozo" de ideas y experiencias que había antes. Con este "biblia" en manos nuestro proyecto acabó sepultado (aunque sería injusto no mencionar que a este desenlace contribuyeron otros factores externos y políticos).

Lo que pasa es que la dimensión autocrítica en cuanto a las ciencias supone algún compromiso con la praxis y su ética. En el caso de nuestro proyecto del que acabo de hablar este compromiso en parte se conservó hasta la actualidad, sobre todo entre el estudiantado, y por tanto todavía no descarto la posibilidad de una "resurrección". Sin embargo, estamos ante una situación diferente en el caso de la psicología "mainstream". Le falta tal compromiso y por eso me parece que francamente todo le da igual. Ni siquiera le entra en la mente la necesidad de cruzar frontera alguna a no ser que sea en plan de conquistar. Creo que a causa de esta particularidad es que sus rituales metodológicos a veces eclipsan con mucho lo que la clínica psicoanalítica dibuja como cuadro de la neurosis obsesiva. Pues el paciente allí, impulsado por la presión de su sufrimiento, al menos busca una salida de su encierro.

Para dar otro ejemplo de mis experiencias abundanten con la psicología "mainstream": Sigo dando cursos de la estadística en la *Universidad Libre de Berlin* para fastidiar los colegas que consideran esta asignatura su monopolio, pero también para facilitar a los alumnos un acceso más racional a sus técnicas, planteando precisamente la diferencia entre sus funciones auxiliares que le corresponden con justa razón en la investigación psicológica y su puesta en escena con fines intimidadores, en forma de rituales que cumplen todos los requisitos de determinados ejercicios mágicos en las culturas totemistas. Publiqué unos veinte artículos sobre el tema, acepté toda una serie de invitaciones a debates por parte de alumnos que nunca prosperaron, porque el único efecto fue un gran estupor que se apoderó de los colegas y que ahora están obsesionados de sólo un objetivo, el de acabar con mi curso, cueste lo que cuesta, una vez para siempre.

Pero para volver sobre mi lectura del texto de *Freud*: La analogía entre el tabú y la prohibición obsesiva del neurótico, más allá del "metanivel" de aspectos epistemológicos de la condición humana que nos abre, rinde algunas sugerencias mucho más específicas aunque por el momento hipotéticas. Y ahora por su procedencia clínica y su carácter muy concreto de hecho no están sustraidas al riesgo de la "psicologización": Detrás de los interdictos tan implacables erigidos por el tabú debe de estar, dice *Freud*, un deseo de igual fuerza, concretamente *el deseo del incesto* y el *deseo del parricidio*. Es una conclusión escandalosa de verdad, pero como *Freud* puede demostrar a continuación, una idea de enorme poder explicativo, por no hablar de un "missing link", para echar luz al origen de la historia de la humanidad y las primeras culturas que engendró, entre ellas el

totemismo. En cuanto a la "psicologización", para no caer precipitadamente en este reproche, conviene preguntar si lo que *Freud* hace aquí, más que asimilar lo etnológico a lo clínico es *echar un puente* que remite a un tercero entre la cultura y el individuo, a saber una dimensión mitológica de la condición humana que se conjuga ni con la temporalidad de lo histórico cultural ni con la temporalidad de lo histórico-individual. De ahí que, en lugar de un "cortocircuito" entre materias no compatibles nos encontraríamos ante otro cruce de las fronteras, esta vez hacia un nuevo territorio, lo mitológico. Efectivamente en esta ocasión podemos invocar a autoridades por encima de cualquier sospecha de "psicologizaciones" como *Lévi-Strauss* que de hecho concibe lo mitológico como un plano de intersección entre el espacio histórico-cultural y la mente del individuo (concepto este elaborado muy concretamente, dicho sea de paso, en el "mito familiar" de *Ricardo Rodulfo*).

Ahora, repasando esta fase de mi lectura me doy cuenta de otro fenómeno: Después de 50 páginas, primero sin nota alguna y después con algunas notas tímidas de carácter interpretativo vuelvo a notificar pequeñas objecciones en el margen del texto. Al parecer el estupor inicial que silenció mi pulsión crítica realmente notoria se fue. Ahora doy a conocer p.e. que no estoy de acuerdo cuando *Freud* dice, relativo a las culturas primitivas: "Este horror a pronunciar un nombre que perteneció a un difunto se extiende, como en ondas concéntricas, y hace que se evite hablar de todo aquello en lo que el muerto intervino, proceso de represión que trae consigo la grave consecuencia de privar de tradición y de recuerdos históricos a estos pueblos, dificultando así enormemente la investigación de su historia primitiva." A mi entender, por una parte sería una "psicologización" de verdad hacer constar a toda una cultura una neurosis obsesiva cuyos mecanismos hagan caer a la represión todo intento de recordar y representar su historia. Por otra parte, conforme a lo que *Lévi-Strauss* expone frente a *Sartre* respecto al "pensamiento salvaje", hay otros dispositivos culturales para cerciorarse de su continuidad y coherencia aparte de la historiografía de nuestro mundo occidental. Tampoco me convence, segundo ejemplo, cuando *Freud* valora el "animismo" de las comunidades totemistas como una especie de infantilismo a nivel cultural, haciendo caso omiso del saber práctico y teórico implicado en, digamos, los sistemas de clasificaciones totemistas (otra vez véase *Lévi-Strauss*). Aquí hace acto de presencia el viejo empirista *Freud* al que todavía, a pesar de tantas travesías por otras realidades del subconsciente, le causa un malestar cualquier desvío de la tierra firme de la racionalidad empírica. Para dar un tercer ejemplo, a mi entender de mayor trascendencia: El propio *Freud* se da cuenta, llegado al punto clave de su análisis, que aún queda un "cuerpo extraño" que se resiste a una asimilación fácil a su idea clave del parricidio como origen de la historia cultural de la humanidad. Es la aparición de las Grandes Diosas Madres que, según el material histórico entonces a su alcance precedieron en algo la entrada en escena del Dios Padre. Así que le quedan por resolver algunos enigmas pendientes y, quien sabe, por cruzar otras fronteras de la experiencia humana que esta vez respectan a unos axiomas masculinos de pensar, o sea la cuestión del género.

Pero aparte de la relevancia o no de mis objecciones referente a su contenido aquí me importa otra cosa: El propio hecho de que el texto no me acallara en definitiva sino que mi apetito de crítica vuelva, significa que *Freud* no me impone un pensamiento hermético. Su pensar tolera los huecos, las grietas y las inconsistencias como reto para el lector y para un proyecto de saber siempre abierto. Lo que pasa es que no sólo deja huecos sino que sabe localizarlos y, acto seguido, encaminarse hacia nuevos territorios donde buscar y excavar, en un empeño bien orientado y estructurado, los eslabones todavía faltantes.

Con lo que llegamos al último punto de esta caminata por las fronteras, el tema del *sacrificio*. *Primero Freud* se pone a escombrar el ritu del sacrificio de sus accesorios y significados posteriores,

para poner al descubierto sus ingredientes primitivos: Fue acto de simbolizar la unidad y solidaridad del clan en forma de una fiesta. No trató de una ofrenda a Dios a estilo cristiano sino de una comunión con él, celebrada con carne y sangre. Aunque por regla común provenía de un animal es una comida común que más que nada establece un vínculo físico entre los comensales: Dios y el clan integrantes de la misma totalidad, del mismo cuerpo. *Segundo*, *Freud* reconstruye meticulosamente las características del animal y el ritual de degollarlo. En un principio tal degollación fue un acto reservado para esta ocasion del sacrificio, una práctica inscripta en un contexto simbólico y un concepto de animal muy distintos de lo que fue la caza, y se lo llevaba a cabo como acción colectiva de todo el clan, que sólo en su totalidad fue capaz de cargar con la autoría de tal fechoría. Es esta seña del sacrificio que, según *Freud*, relaciona imperiosamente el animal con la propia sangre del clan que aquí se derrama. El animal sacrificado no es otra cosa que el Dios primitivo cuya sangre el clan se incorpora para reforzar y convalidar su unidad. Podemos ilustrarlo con un ejemplo prototípico sacado del texto de *Freud* y basado en un relato del *San Nilus*: "La víctima, un camello, era colocada sobre un grosero altar de piedra, y el jefe de la tribu, después de hacer dar a los asistentes tres vueltas en derredor del ara entonando cánticos rituales, le infería la primera herida y bebía con avidez la sangre que de ella manaba. A continuación se arrojaba la tribu entera sobre el animal, y cada uno cortaba con su espada un pedazo de la carne aún palpitante, consumiéndolo en el acto. Tan rápidamente sucedía todo ello, que en el breve intervalo entre la salida de la estrella matutina, a la cual era ofrecido el sacrificio, y el momento en que dicho astro comenzaba a palidecer ante los rayos del sol naciente, desaparecía por completo el animal sacrificado hasta el punto de no quedar de él ni carne, ni huesos, ni piel, ni entrañas." Semejantes actos solían desenbocar en una fiesta que textualmente sintetiza la ambivalencia: alegría desenfrenada y luto, fiesta que purga una gran culpa del clan y vuelve a santificarlo.

Y ahora el último cruce de fronteras: *Freud* establece una referencia a una conjetura de *Ch. Darwin* respecto a un primer modelo de la organización social en la evolución humana: la *horda primitiva*. Partiendo de su existencia histórica, no obstante queda un hueco entre este estado primordial y el posterior totemismo con su comida de sacrificio de la que acabamos de hablar, hueco que se acusa en la infructuosidad de todos los intentos de la etnología de aquel entonces de remontar el totemismo a algún origen. Es precisamente el parrecidio que, como *Freud* especifica, puede resolver este hueco y, es más, se muestra como un auténtico *eslabon faltante* de la reconstrucción que de pronto facilita un encaje perfecto de los preceptos principales inherentes en el totemismo: el cuidado particular del *animal totemista* y el *interdicto del incesto*. En fin, introducido este último complemento, la ambivalencia en torno del totem se resuelve y salen a la luz los tres sentimientos: el *arrepentimiento* por el asesinato, la *lealtad* al Padre asesinado renovada en un contrato, y a la vez el *triunfo* de los hermanos sobre el tirano. Como muestra de la fertilidad de su propuesta, a continuación *Freud* consigue sacar a la luz otros matices de esta ambivalencia inherentes en el cristianismo: es lícito leerlo como un segundo triunfo del hijo sobre el padre al ascenderse a su lado, como integrante de la Santísima Trinidad.

Hemos llegado al final del repaso de mi lectura de "Totem y Tabú" y al final de este ensayo sobre un motivo que andamos llamando "cruzar las fronteras". Para mi la lectura a veces se volvió en una labor espinosa y me temo que a Vds. que ni siquiera me acompañaron en esta caminata por su propia voluntad, les resultó más penoso aun seguir mis deliberaciones. Pero tomando el desenlace de este recorrido por tantos territorios, yo con la ventaja del lector puedo decir que valía la pena, a pesar de todo lo que en el momento de la lectura me parecían rodeos y hasta impases. Así y todo, tal vez esto sea otra consecuencia de un nuevo concepto de las ciencias humanas: dejar al

lado las autopistas rectas que llevan a ninguna parte y descubrir el placer de recorrer el laberinto de la condición humana, para retomar un motivo de *Foucault* relativo al mito de *Ariadne*.